

# • LA SAETA •

SEMANARIO ILUSTRADO

• FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 28 DE FEBRERO DE 1901

NÚM. 536

✦ DIRECTOR, J. F. Luján ✦



Con una mirada así  
enamoro yo á cualquiera;  
lector, ¿no es cierto que sí?

# IDILIO MODERNISTA

NEVANDO...

**N**IEVA... En la calle los transeuntes caminan con paso precipitado, arrebujaos en sus abrigos, con la cabeza hundida entre los hombros, altos los cuellos de los gabanes ó arrollado el embozo de la capa á la cara hasta casi taparse las orejas, amoratadas por el frío.

En los balcones de las casas, tras los cristales, se ven rostros encantadores con las narices lívidas, los cuerpos recogidos y envueltos en gruesos pañuelos de lana, y los ojos dulces mirando con expresiva compasión á los que en día tan desapacible se ven precisados á cruzar las calles... Y en tanto, la nieve, en copos pequeñísimos, como pedacitos de papel de seda blanco, muy blanco, cae del cielo, de la atmósfera, Dios sabe de dónde, cubriendo las calles de una capa que más bien semeja una alfombra de piel de armiño que un conjunto de copos de nieve.

Detrás de los cristales de uno de esos balcones, está Nieves, contemplando á su tocaya, la nieve que cae del cielo, de la atmósfera, Dios sabe de dónde. Pero en su rostro angelical no se refleja la expresiva compasión que se observa en los demás que se ven en otros balcones; no, Nieves expresa en sus facciones viva ansiedad, como si sintiera en su alma de niña candorosa

albergarse la duda, como si su corazón se hallase oprimido, ateneado por los garfios de algo muy triste, muy triste, que la dominara. Entre sus manos sonrosadas y ateridas de frío sostiene el bastidor en que borda apresuradamente, como si tuviera prisa por acabar pronto lo que está bordando, y á pesar de esto no puede menos de apartar de cuando en cuando la vista del bordado para mirar á la calle, blanca, cubierta de nieve, poniendo en sus ojos todas las dudas y vacilaciones de su alma de niña candorosa, velada por las tristezas de sus pensamientos lúgubres...

Nieves no mira por curiosidad de ver el espectáculo, por compasión de los que se ven precisados á cruzar las calles en día tan desapacible; Nieves espera, y únicamente siente compasión por uno: por el que espera y no llega... Y vuelve, después de una pausa, á la tarea del bordado, triste, muy triste, tanto, que en algunos momentos de sus ojos brotan lágrimas que ruedan silenciosas y lentas por sus mejillas sonrosadas, virginales, llenas de candor.

Pero, en una de esas veces en que apoya su cara en los cristales del balcón, abre desmesura-



¡Vaya un ramo más precioso!...  
 ¡Ole ya! ¡Viva el amor!  
 ¡Quién pudiera ir sin reposo  
 volando de flor en flor...!

CONVERGENCIA

damente los ojos, sonríen sus labios con ternura celestial, deja caer el bastidor al suelo, sin preocuparse de que pueda mancharse el bordado, se pone de pie y corre á la puerta. Es Ernesto, Ernesto que llega, y momentos después entra un hombre joven, guapo, de alta estatura, envuelto en un gabán de pieles de última novedad.

—¡Cuánto has tardado!—le susurra al oído.

—¿Me esperabas?—pregunta él.

—Yo siempre te espero.

—¡Pobre Nieves!... Pero caliéntame con tus brazos, porque vengo atarido de frío.

Se abrazan, menudean los besos, y las mejillas candorosas de Nieves se cubren de un ligero rubor...

En la calle siguen cayendo los copos blancos de nieve, como pedacitos de papel de seda, y en la habitación de Nieves se desarrolla un idilio hermoso de pareja amante, en el que la materia vence, al fin, al espíritu de los dos enamorados...

CARL'S RIA-BAJA.



Aunque parezca mentira,  
¿no es verdad, lector querido,

que al mirar esta serrana  
todos pensamos lo mismo?

CAÑITAS

— Mi madrecita se empeña  
en que te borre el querer.  
¡Y es ella quien me lo pide,  
y no la puedo creer!...

— Una mujer me decía:  
«Te lo voy á confesar:  
al casarnos, no sabemos  
de la misa la mitad...»

— En todo lo de esta vida  
es muy fácil de observar:  
mucho alegría al subir,  
mucho tristeza al bajar.

— Compramos con mi serrana  
el librito del amor...  
Yo empiezo á leerlo ahora  
y ella ya lo terminó.

— Voy á vengarme de ti,  
aunque es una cosa fea.  
Tú, diciendo que soy malo.  
Yo, diciendo que eres buena.

— Podemos vivir felices.  
Tú, creyendo lo que diga.  
Yo, creyendo lo que dices.

J. ENRIQUE DOTI ES.



Las florecillas del campo,  
al verte, mira qué dicen:

«¡Ojalá que nos cogiera  
para adornar á esa virgen!»

## LOS GUAPOS

**E**RA el *Rubio* más que de mediana estatura; algo grueso, lo que no le impedía ser ágil. Era fuerte.

Su fisonomía, si no repulsiva, era antipática; los ojos de un azul claro, aparecían siempre turbios, semeñando el cristal que empaña la niebla; y miraban de una manera incierta.

De facciones abultadas, la extremidad de su nariz denunciaba el abuso de las bebidas alcohólicas, y su presencia la de un temperamento sanguíneo.

Vestía bien, como visten los *guapos* de la tierra baja de aquella región; como viste la gente de coleta, si se exceptúa la chaqueta corta, á la que sustituye una americana, que sin ser chaqueta corta, tampoco es la americana usual.

El detalle más saliente del tipo popular andaluz, es el sombrero de anchas alas, por lo general impecable.

El sombrero de ala ancha es la expresión gráfica del tipo flamenco. Es tan clásico, que constituye el todo.

Yo tengo para mí, que este sombrero simboliza el atraso intelectual. Un sombrero de ala ancha, es horrible desde el punto de vista social y filosófico, y está reñido con el progreso. Pero tiene mucho atractivo en lo que respecta á los usos y costumbres, porque puede decirse que es regionalista por derecho propio.

También hay senadores *regionalistas* y *vitalicios*, que es muchísimo peor.

El *Rubio* era *guapo de profesión*, lo que prueba que no era valiente por temperamento. Y, sin embargo, no dejaba el oficio, de la misma manera que Silvela no dejaba la Presidencia. Misterios del organismo, y de la organización de las cosas.

El oficio de valiente tiene sus quiebras, y en él ocurre, que el día que se *trabaja* es precisamente el día que no se come. Pero tiene otro mayor inconveniente, y es que no se puede dejar de ser valiente cuando se ha llegado á cobrar fama; porque aunque dice el refrán «Cria fama y échate á dormir», este sueño tiene muchas veces un despertar amarguísimo, por lo que es necesario velar por la fama. Hay que justificar á cualquier hora que la fama no miente.

Estaba el *Rubio* cobrando el *barato* en una casa de juego, con retribución de cuarenta reales diarios, sin contar el consumo de líquido, del que no hacía muy poco, y que pagaba generosamente la banca.

En aquel garito había necesidad de guardar respeto y circunspección á *Jorge*, mediante una persona *competente* que *cortara el bacalao*; y apenas un *punto* alzaba el diapasón, la voz ronca y aguardentosa del *Rubio*, imponía el silencio debido, aunque hay que advertir que lo hacía con esa autoridad afable, de quien conociendo su superioridad, no quiere abusar de ella.

Las querellas se ahogaban apenas nacían mediante la intervención del *Rubio*, único juez que fallaba el pleito, y su autoridad era tan reconocida, que raras veces tenía que demostrar sus aptitudes.

Un día el *Rubio* dejó su empleo por no sé qué desavenencia con el dueño de la casa, y se vió precisado á desempeñar su oficio en otro establecimiento de la misma índole aunque menos lucrativo, donde se reunía lo peorcito del barrio, cosa que no dejaba de ser peligroso para su reputación y para su misma persona, por lo que el *Rubio* no estaba muy contento. Allí se encontraba la noche de mi historia, cuando se le acercó el *Curro* diciéndole:

—¿Sabes, *Rubio*, que en la *chirlata* no hay quién tosa? Como los *puntos* empezaron á sacar los pies del plato en cuanto tú *tomastes el portante*, don Paco se largó á Jerez, y se ha traído un mocito, que si es tan hombre como dicen, y se trae tanta verdad como apariencia, va á ser *menester viví confesaos*, por si acaso.

—Y ¿quién es ese *cacho* de hombre?—preguntó el *Rubio*, que se había puesto pálido.

—Pues un tal *Cañitas* que tenía puesto el *mingo* en Jerez, y á quien por algo le da tres duros diarios don Paco. Y la verdad es que el *nene*, aunque á la *simple vista* no tiene media *jofetá*, no deja resollar á *naide*, y no se oye chistar ni á María Santísima desde que el *gachó del arpa* ha tomado posición de la *arcadía*.

—Y que debe sé hombre de *mu* pocas palabras; porque *entoavía* lo he oído dar las *güenas noches*,—añadió el *Pelele*, que con el *Curro* y el *Tuerto* alternaban en la conversación.

Miró el *Rubio* su reloj, sacó la petaca, y ofreciendo un cigarrillo á sus colegas, dijo con afectada calma, mientras encendía el suyo y arrojaba dos chorros de humo, escupiendo de soslayo:

—Tó el tiempo que ese *Cañitas* va á disfrutar del empleo, es el que yo voy á tardar en ponerme allí; y *pa luego* es tarde.

—Déjate de *broncas*, *Rubio*, que á ti no te *farta naide*,—objetó el *Tuerto*.

—Vas á buscar una *excaborición* sin *necesidá*, porque después de *tó* tú estás siempre en tu terreno,—agregó el *Pelele*.

—El que quiera *ve* lo que yo hago con *Cañitas*, que se venga conmigo.

Y el *Rubio*, que se había puesto de pie, salió seguido de los tres satélites.

\*  
\*  
\*

*Cañitas* era el tipo perfecto del *matón andaluz*.

De más talla que el *Rubio*, bien formado, y fino de cuerpo, representaba unos treinta años á lo sumo. Muy peinados sobre las sienes los negros tufos, y afeitadas las mejillas hasta aparecer de un tono azulado; toda su persona respiraba cierta coquetería, no reñida con el sexo.



DESPUÉS DEL BAÑO

—Vestirse aprisa, que hay moros en la costa

Era buen mozo en el físico, y hasta simpático si se le hubiera despojado de su exterior ficticio; porque lo más repugnante en esta clase de gente, es la creencia absurda de suponerse á sí mismos más *machos* que los demás hombres.

Sentado estaba el *Cañitas* en un extremo de la sala, al lado de una pequeña mesa sobre la que humeaba una taza de café, saboreando un buen cigarro.

Alrededor del tapete verde se agrupaban veinticinco ó treinta jugadores de caras pálidas y trasnochadas, que seguían con avidez las peripecias del juego, y en cuyas fisonomías se retrataban las impresiones que en ellos producía las alternativas de la suerte, rara vez propicia.

No se escuchaba otro ruido que el de las monedas de plata al caer sobre el tapete, y ser recogidas las puestas, y la voz del *groupier* al pagar la cartas

—Duro, con dos... Cuatro con ocho... Seis pesetas con doce...

—Banquero, yo llevaba dos duros al cinco y...

—Los habrá recogido otro punto. Yo he pagado la carta. A ese señor de la derecha creo que he abonado una puesta de dos duros.

—¡Oiga usted! Esa postura de diez pesetas...

—Era mía.

—No, señor; era mía.

—Yo he visto poner á este señor los dos duros al cinco.

—Y yo he visto jugarlos también á ese otro.

Una voz:

—El banquero no ha pagado más que una puesta.

—¡Miente usted!

—Es que...

Se oyó toser y moverse á *Cañitas*, que había cambiado de postura en su silla, y las voces se apagaron, continuando la disputa en tono tan bajo, que sólo se oía el seseo de los que porfiaban.

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció el *Rubio*. Vió á *Cañitas* y se dirigió recto hacia él, sin que al parecer se cuidase de la expectación que su entrada produjo en la concurrencia.

—¿Eres tú *Cañitas*?

—Yo soy. ¿Qué se ofrece?

Y cuando se enderezaba en la silla y con un movimiento característico alargaba el cuello, mientras se estiraba con ambas manos el de la americana, el *Rubio* hacía crujir los muelles de su navaja, y rápido le asestaba un *viaje*.

El *Cañitas*, de un tremendo salto, se puso fuera del alcance del arma, ganó la puerta, y desapareció.

\* \*

Una hora más tarde se comentaba el lance en el otro garito, donde el *Rubio* se paseaba á lo largo de la sala, afectando una irritación que estaba muy lejos de sentir.

La conversación era general alternada con juego, y se alababa la guapeza del *Rubio*, el cual parecía no prestar oído á los aduladores.

—¡Juego!—dijo el banquero.

Reinó silencio, y todo el mundo fijó la atención en el *albur* que se tiraba.

Se hicieron las puestas.

—¡Juego!—volvió á decir el banquero.

Y empezó á tirar los naipes lentamente.



Del natural.



—Si por algo envidio al ministro de la Guerra, es por la facilidad con que dispone de mozos.

—¡Juego!—interrumpió un jugador con voz breve.

—¡Juego!—repitió en seguida con tono más fuerte la misma voz.

—¡El caballo!...

—He dicho juego, dos veces, porque iba á retirar esas tres pesetas que juegan en el siete contra el caballo,—continuó el que había hablado, con tono imperativo.

—Otra vez será,—respondió el banquero.

—Otra vez será, si ahora me devuelve usted la puesta.

—Eso es lo que no puede ser, ni ahora, ni otra vez.

—Entonces será cosa de ver antes si tengo yo cara de dejarme robar.

—Oiga usted, mocito,—saltó el *Rubio*.—Punto en boca, que ya ha graznado usted más de la cuenta, y no está hoy el horno para bollos. Conque *mutis*.

—¿Quién ha hablado?—replicó con sorna aquel punto, que era casi un *chavea*, de buena estatura, en donde la fisiología hubiera encon-

trado un solo defecto, si lo fuera el ser barbilampiño.

La expectación que produjo esta salida, más ofensiva por el tono burión y provocativo con que fué proferrida la pregunta que por lo injurioso de la frase, hizo comprender que allí iba á ocurrir algo grave, cuyo desenlace se adivinaba en los rostros de los que presenciaban la escena.

El *Rubio*, que había amenazado, sintió correr un calofrío por todo su cuerpo, y quizás sin darse cuenta que era miedo lo que sentía, lívido el semblante, y lleno de una cólera obligada, se adelantó hacia su contrario, barbotando estas palabras:

—Si no te vas de aquí, te deajo más *seco* que un esparto.

El otro le miró de hito en hito como quien mira una cosa rara, y se encogió de hombros con una indiferencia en la actitud y una sonrisa de desprecio en los labios, que heló la sangre del *Rubio*. Luego, volviéndole la espalda, preguntó en alta voz á todos y á ninguno:

—¿Quién es este tío?

La mano del *Rubio* cayó sin fuerza sobre el hombro del insolente, diciendo, al mismo tiempo que hacía crujir los muelles de su navaja:

—Ahora vas á verlo.

Aquel piñoneo abrió un hueco entre los jugadores, en cuyo centro y frente á frente, quedaron los dos hombres, descompuesto el *Rubio*, sereno y casi sonriente el otro. Entonces el *chavea*, sin alterarse, avanzando un paso, descargó tan tremenda bofetada sobre el rostro del valiente, que éste, por la violencia del golpe y la posición que

ocupaba con respecto á su contrario, fué á parar debajo de la mesa.

Después, el mocito barbilampiño, alargando una mano sobre el tapete, mientras con la otra acariciaba el mango de un cuchillo que asomaba en su cintura, dijo, de una manera fría y decidida: —¡Vengan las tres pesetas!...

\*  
\*

¡Pobre *Rubio*! Cuando se había acostumbrado á vivir de miedo; después que los más cobardes dejaron en su epidermis señales impercederas, consecuencias de antiguos agravios y resentimientos, tangibles y evidentes demostraciones de escondidas venganzas, y cuando ya todos cortaban leña del tronco derribado, que antes fuera enhiesta y fuerte encina, una noche en que el hábito del juego le retenía en el garito hasta una hora avanzada, sintió que una mano se apoyaba en su hombro y una voz á su espalda que le decía:

—¡Vengo de Jerez *desidío* á matarte!

Volvió la cara, y se encontró con *Cañitas*.

M. MILLÁN Y VÁZQUEZ.

## ¿Qué ojillos? ¡Ojazos!

Novela corta por J. F. LUJÁN

## VI

**S**i en aquel momento fuese día claro, Inesilla habría visto el gesto de extrañeza, casi estúpido, como de idiota, que transfiguró las facciones del galán. Pero no pudo escapársele el acento extraño con que salió de la boca de Lucino esta pregunta:

—¿Más que á la otra?

—Sí: más que á la otra. ¿O es que tú crees que me chupo el dedo? Otra hay, y no es moco de pavo según mi cuenta; porque á lo que me tienen dicho, es real moza, de las más guapas que ha parido mujer, y señora de las principales. No hay quién la mire que no se enamore.

—Creo eso último verdad de á folio, porque, sólo por la pintura que acabas de hacerme, ya estoy loco rendido. Quisiera que me la mostraras, y si fuera de carne y huesos, con su investidura mortal, mejor que en efigie; que si conseguida tanta satisfacción no pudiera regatear nada en la suma de tus elogios, á lo menos tendría la muy alta de hacer justicia á tu lealtad, declarando que debes de ser tú más hermosa de lo que atestiguan mis ojos, cuando no te mueve la envidia, ni el despecho, ni el odio á rebajarle la talla ni á disputarle los encantos.

Al final de este discurso, Lucino se ganó un pellizco morrocotudo; compréndese que la doncella no creía del caso expresar su entusiasmo con manifestaciones ruidosas, aunque no renunciaba tampoco á hacerlas muy vivas é insinuantes: jamás se ha dicho con tanta razón que el silencio tiene su elocuencia, y de tal manera resultó verdad en este punto, que el doncel, sintiéndose arrebatado, ahogó el quejido y abrió los brazos con ímpetu de furia amorosa. Inesilla no supo evitar el tierno achuchón.

—¡Hijo! ¡hijo! No se puede hablar contigo sino entre rejas. ¡Apuesto á que con esa dama no eres tan nervioso, ni tan pronto de genio!

—¡Y yo apuesto, y eso que no la conozco, á que ella no es tan larga de uñas como tú.

La entrada de Pancho Pérez y zeñá Mariquita interrumpió el palique.

—*Güeno, pos ya falta aire pa nuestro rumbo,*— dijo el viejo.

—Vayan *ostés* por lo más céntrico, y *güervan* sin *cuidiao*, porque ya habré yo encargado al sereno que vigile. Arrótese *osté*, padre, no sea que el contento de verle á *osté* en tan honrosa compañía, me lo burle después una ráfaga traicionera.



Mensajeras palomas, de pasión,  
que á cualquiera le dan la desazón.



Tanto quiero al galán  
del alma mía,



que, loca, entre mis brazos  
le ahogaría.

—¿Ha visto *osté* qué perla tengo?

—¡Tanto, que me temo que no haya tesoros en el mundo para comprarla!

*Zeñá* Mariquita objetó con vanidoso orgullo:

—*Ezo* nó; mi hija no se vende.

Y Lucino, señalando al corazón:

—Pero se gana.

Dió el brazo á Pérez, pretextando que con la llovizna, nieve disuelta en agua, estaba el piso que ni de encargo para un resbalón, y Pancho contestó, empujándole:

—Quite *osté*: tengo yo más firme la mole y más fuerza para sentarla sobre el suelo que *toos* los de su edad puestos en columna. Los jóvenes de ahora son de alfeñique. *Miosté*, y se lo digo en confianza: yo era el ojo *drecho*, y, si mucho me apura, hasta el izquierdo, del gran Espartero; y ¿sabe *osté* por qué? Por los puños y por los...

Las últimas palabras se perdieron en el aire frío del ambiente, al tiempo que los dos hombres doblaban la esquina de la calleja.

En ese mismo instante *zeñá* Mariquita decía á su hija, con acento maternal, entre cariñoso y airado:

—*Miá* tú, no me seas perra: estos señoriti-cos currutacos no traen á las casas más que mal de ojo.

—*Osté* no pidió á *naide* permiso *pa* querer á su Pancho. Estas cosas que entran tan *adrento* no se pueden arrancar porque no llegan las uñas al corazón.

—¡Pero Pancho era *pa* mí, y el señor Lucino no es *pa* tí!

—¿Que nó? ¿Por qué? ¿Por el *trapto*? En esto de la entraña y del querer, no importa el traje: también tiene el alma su ropilla de cristianar.

—¡Tú estás loca por ese hombre; tú estás enamorada!

Inesilla se echó en los brazos de la madre, y murmuró:

—¡Que si le amo!

Y metiéndose puertas adentro:

—¿*Osté* ha querido mucho á su hombre, nó? *Pos* hágase cuenta que sus amores de *osté* eran juego de chiquillos comparados con estos *que-reles* míos, que me arrebatan y ponen *destemplá*: hasta el punto que *osté* no sabe que esa dama inventada por Silvestre...

—¿Inventada? ¿Ya sabes que no existe?

—Si existe... por si existe, y le quiere, peor *pa* ella: se lo robaré.

—Si ella te deja.

—Donde no lleguen mis ojos, que él ha llamado ojazos, ¿sabe *osté*, madre, lo que llegará?

La respuesta se perdió también, entre el ruido de cerrar portillos y portalones, dentro de la casa: el novelista sólo puede declarar que la vieja, confundiendo sus devociones religiosas con sus sentimientos piadosos, entre un Padre-nuestro y un Ave, persignándose con verdadera unción, dijo:

—¡Pobre hija mía!

(Continuará.)

## REGALO DE BODA

(A UN AMIGO QUE VA A CASARSE)

¿Conque, según anuncias, el mes que viene del matrimonio aumentas la cofradía?  
 ¡No esperaba yo menos! ¡Si era de ene!  
 ¡Si hace ya mucho tiempo me lo temía!

Recibe adelantada mi enhorabuena; pues, por más que lo nieguen los solterones, no empieza para el hombre la vida buena hasta que le echa el cura las bendiciones.

En tu elección de novia bien se delata que en eso de elecciones no eres un niño; pues, según mis noticias, tu *candidata* es gran *conservadora* de tu cariño.

¡Quiera el cielo á raudales las alegrías en vuestros corazones verter sin tasa, para que veáis dichosos pasar los días teniendo el paraíso dentro de casa!

Así, de vuestra luna de miel al brillo, cual Pedro por su casa, de un solo vuelo, pasarán vuestras almas por el rastrillo que se encuentra á la entrada del quinto cielo.

Que te regalen quieres para tu boda, pidiéndolo con letras de molde y todo, y yo, que no conozco lo que es de moda, de dar con mi regalo no encuentro modo.

¿Te conviene un revólver de reglamento?  
 ¿Un anillo de pelo llena tus fines?  
 ¿Te agrada una guitarra ú otro instrumento?  
 ¿Te hace papel un corte de calcetines?

¿Te acomoda un muestrario de usados sellos?  
 ¿Te sirve una peluca bien conservada?

¿Quieres un par de puños y un par de cuellos, ó una escofina de esas que hace Losada?

¿Unas muletas quieres de pino rojo?  
 ¿Quieres con sanguijuelas una redoma?  
 ¿Te hace al caso la funda de un antejo?  
 ¿Y unas babuchas ó unos chanclos de goma?

¿Te regalo una gata muy cazadora que á caza de descuidos caza con creces, ó un reloj de campana que da la hora, cuando le da por darla, que es pocas veces?

¿Quieres una tortuga que anda de lado, y así verás tu casa de insectos libre?  
 ¿Te acomoda un paraguas que fué morado, ó una chocolatera de gran calibre?

Ya ves cómo te brindo cuanto poseo, sin reparar en gastos, á fuer de amigo; elige lo que quieras, pues mi deseo es cumplir como nadie cumpla contigo.

Si los demás amigos oyen tus cuitas, vas á poner tu casa que ni de encargo; y con unos regalos y otros evitas que digan que al casarte tiras de largo.

De la ventura sigue por el camino; pero, antes que tus ansias te cure el cura, para dejar sentado que soy muy fino, ponme á los pies (que beso) de tu futura.

CARLOS CANO.





¡Ay! ¡Quién fuera mariposa en el blanco nacimiento  
para posarse al momento de tu busto, prenda hermosa!

## EL ARTE DE AHORA

(Á Luis Née de Lucas)

CUANDO el capricho de algunos desocupados puso en boga las labores en madera, tal fué el delirio que se apoderó de algunos hijos de familia, que las personas sensatas temimos, no sin fundamento, que íbamos á ver calados y repicoteados hasta los palos del telégrafo.

No había casa sin la correspondiente máquina de aserrar, y en mesas y paredes se veían tablitas y más tablitas que parecían comidas por los ratones.

Un paso más y hubiera cambiado por completo la constitución orográfica de España; tal era la abundancia de *sierras* que se notaba en la Península.

Aquello se fué por donde había venido y ya no se ven por ahí más caladas que las infelices transeuntes que soportan un aguacero sin paraguas.

La antigua afición á los calados ha sido sustituida por la monomanía fotográfica, y los que antes eran capaces de llenar de agujeros las tablas de la Ley, podrán ahora, si se empeñan, retratar á un mudo y sacarle en la fotografía «que esté hablando».

A las máquinas de aserrar, con sus pedales y sierrecillas de pelo, han sucedido las cámaras fotográficas con sus trípodes, *chassis* y dobles lentes; á las relojas, papeleras y marcos de tabla agujereada, los retratos en papel de albúmina, los ferroprusiatos y las positivas en cristal; al afán de adquirir maderas de construcción, un desordenado apetito de placas, que tiene todas las señales de un lamentable y exagerado *wilsonismo* nacional.

La nueva inclinación se comprende, porque fíjense ustedes en los gabinetes fotográficos y verán que el arte de Daguerre es, sin duda alguna, el más elevado de todos.

Pero si tales aficiones rayan, á veces, en ardiente pasión, preciso es confesar que los enamorados del arte fotográfico son al contrario de todos los demás, porque mientras éstos buscan el sí á todo trance, ellos fundan su orgullo en una negativa.

Muchas son las casas donde hay *cuarto oscuro*, no precisamente para encierro de los niños traviosos, sino para que sirva de gabinete á los fotógrafos. El arte fotográfico es, indudablemente, el más elevado por su colocación, pero el más obscurantista por sus procedimientos.

La frase aquella de «está oscuro y huele á queso» debe modificarse y hasta ponerse en verso, en honor de los laboratorios caseros, cuyas puertas pueden llevar la siguiente inscripción:

«Está oscuro.—Y huele á cloruro.»

Los aficionados delirán por el paisaje, y en cuanto se proyecta alguna jira campestre ya están los fotógrafos *pour rire* preparando los útiles del oficio, sin olvidar el paño negro con el cual se cubren la cabeza en el momento crítico para ocultar su deshonor artística.

—¿Permite usted,—le preguntaba á un guarda un Compañy impúbero,—que haga una pequeña vista de esta casa de campo?

—Hombre, por mí, no una vista pequeña; aunque haga usted la *vista gorda* me importa poco. Después se hacen fotografías, en grupo, de todos los expedicionarios.

—Tú has debido de moverte algo,—dice el desconsolado artista.

—Yo ni un pelo, ¡te lo juro! Hasta el reloj lo tenía parado.

—Y tú,—añade el Laurent campestre,—has estado parpadeando todo el rato.

—Hombre, ¡es natural! Me dijiste que ibas á hacer la fotografía en un abrir y cerrar de ojos...

En todas esas expediciones la dignidad fotográfica va por los suelos y el amor propio del artista es herido con frecuencia por las claras razones de los amigos, entre cuerdos y apitimados.

—No es lo peor que no me lo agradezca,—dice algún fotógrafo de éstos,—sino que con el barullo se me cayó en la paella una lente bicóncava y la animal de la cocinera me volcó dos frascos de reactivo para freir los huevos.

JULIÁN AMO.

## EL MAESTRO ROQUE

**R**EDIÓS!—exclamó el *maestro* Roque, dando un respingo y mordiéndose los labios.—¿Pero es posible? ¡Sí! El periódico lo dice.

Y luego añadió, en tono sarcástico, revelando en una mueca imposible de describir, todo el dolor que se revolvía en su alma, inasequible, al parecer de muchos, á los sentimientos de la humanidad:

—¡No me faltaba más que esto para coronar mi *carrera* de verdugo!

Volvió á leer el suelto que relataba prolijamente el asesinato, y acorrucoóse en un rincón como se echa un leño seco. El infeliz, ó no sabía llorar, ó tanto había llorado, que no le quedaba una lágrima.

El hecho fué el siguiente, según noticia de la prensa: «Francisco Rurales, hijo del verdugo, el *maestro* Roque y vecino de San Luis, pueblecillo de dos mil vecinos, sostenía relaciones amorosas con una muchacha de diez y ocho años, que estaba al servicio de unos labradores ricos, los más ricos del pueblo. Dominados los jóvenes por un espíritu maligno, hijo de la ambición de entrambos y de la obscuridad de sus inteligencias, en las que sólo había caído la semilla de la maldad humana, concibieron la idea de matar á aquellos ricachones y apoderarse de este modo de sus bienes. Así lo pensaron y así lo hicieron; pero como la Providencia raras veces deja impunes estas monstruosidades, pronto mostró á la luz el rostro de los insensatos que, con avaricia de tigres hambrientos, se relamían, ocultos en la sombra, del éxito de su acometida.

Francisco y su cómplice, que se llamaba Rosa, ingresaron en la cárcel. ¿Cómo no? Pero no como ellos hubieran querido, juntos, sino incomunicados. El pensó que su padre podía ser persona influyente y le escribió; quiero decir, suplicó que le escribieran, porque él no entendía una palabra de esas cosas; mas no llegó á imaginar que, lejos de lo que él había discurrido, la cuestión iba á tomar un aspecto diferente, muy distinto. Prueba de ello, la cara que el *maestro* Roque puso al recibir la nueva. ¡El, consagrado toda su vida á desgañitar miserables, ablandarse ahora porque se trataba de un hijo suyo! ¡Eso nunca! Demasiado había mirado por él, que siendo un mocoso lo envió con su madre á un villorrio desconocido para librarle de la afrenta paternal. Si no supo vivir y todo lo aprendió menos el bien, ¡que se amolara! ¡Si el *maestro* Roque hubiera tenido un padre así, á buen seguro que á la sazón no estaría derribando cabezas como estaba y recibiendo desprecios de los mismos por quienes hacía justicia!...

Rosa y Frasquito, que éste era el nombre con que familiarmente se designaba al asesino, estaban brutalmente enamorados; ésta es la palabra. Mutuamente se habían reconocido excelentes prendas sexuales, pero nada más; sus almas, enterradas en el fango de la barbarie, no habían obrado ni mucho ni poco en aquella pasión recíproca, comparable sólo á la que las fieras deben sentir en el paroxismo de sus celos. Se vieron y se amaron y se unieron. No tuvo, no, preámbulos idílicos aquel amor que surgió de repente; no fueron mujer y hombre, sino macho y hembra que en un arrebató lúbrico habríanse mordido las entrañas y despedazádose las carnes.

Mas ¡ay! el instinto de conserva-

### PENSANDO EN LA RECONCILIACION



¡Dios mío! Si le dijera  
¡te amo!, en esta actitud,  
¿me echaría de su vera?

## La Saeta

ción, hélice de lo que pudiéramos llamar nave humana, pues que la vida es un mar de lágrimas, condujo á aquellos infelices por otro derrotero, arrollándolo todo en aras de sus egoísmos.

Las sombras de aquel calabozo estrecho y húmedo, al que sólo llegaba el frío y triste rumor de las monótonas conversaciones que entablaban los demás presos en el patio, y las reflexiones en que él forzosamente se sumergía, llevaron al ánimo de Frasquito, si no el consuelo, la resignación, recurso extremo del que nada espera. Sin saber por qué ni cómo, su alma había abierto los ojos en la soledad, como cataléptico que vuelve en sí en las lobregueces de la tumba. Quiso llorar y lo consiguió, porque el llanto siempre está solícito al arrepentimiento. Sus ojos se humedecieron y su corazón despejóse en parte de las negruras que le asediaban. Entonces comprendió lo que era amar; la imagen de Rosa se le presentaba pura, ideal, como la mujer que sueña el hombre en el delirio de su fiebre amorosa. Miró su pasado y vió caer sobre su cabeza todo el castigo que merecía.

—¡Ah, pero ella...!—se dijo para sí tristemente.—Es preciso salvarla... Si el perro muerde azuzado por el amo, el amo tiene la culpa.

Así pensaba, cuando el toque de silencio hizo alto á sus meditaciones. Entornó los ojos y empezó á dormirse sobre el ennegrecido jergón que le servía de cama.

Transcurridos unos meses, se vió la causa y se dictó sentencia únicamente contra Frasquito, pues además de asumir éste todas las responsabilidades de los hechos, Rosa, según pruebas periciales, padecía de idiotismo, motivo por el cual fué recluída en lugar oportuno.

El joven, al oír las palabras *pena de muerte*, hizo un estremecimiento nervioso y bajó la vista al suelo. Un sudor frío bañó su rostro contraído por una mueca inexplicable. Por segunda vez se acordó del autor de sus días.

Los dos mil vecinos de San Luis llenaban aquella tarde la plaza del Alba, donde se había levantado el patíbulo. Retenidos por un indescriptible afán, querían marcharse y no podían. Mientras, el *maestro* Roque, alojado en la Casa-Cuartel de la Guardia Civil, porque ningún vecino había querido alojarlo en la suya, se preparaba á la ejecución con un valor cívico inconcebible. Menos mal que no lo conocían en el pueblo, aunque sí de nombre.

Su faz revelaba cierto regocijo diabólico imposible de comprender.

Sonó la hora de cumplir los designios de la ley; todo estaba dispuesto. Frasquito subió al patíbulo, y al reparar en su ejecutor, exclamó con infinita amargura:

—¡Padre!

A lo que contestó el *maestro* Roque, revestido de una entereza sublime y haciendo crujir los huesos del que un día recibiera sus caricias:

—Dios es Padre de todos y castiga á los miserables... ¡Yo te castigo á ti!

MIGUEL DE SILES CABRERA.



BELLAS ARTES



NOCHE DE NOVIOS —¿Qué hay detrás de este portier? ¿Voy á la vida? ¿Voy á la muerte?

## PAX ET AMOR

(HORACIANA)

*Paterna rure bobus exercet suis*

Su lumbre el sol encierra  
tras densos nublos que en los aires vagan,  
y en la sufrida tierra  
Silifo, arando, entierra  
desnudos granos que con granos pagan.

Tras de la mansa yunta  
recibe el agua que le cierne el cielo,  
Silifo, y con la punta  
de la vestola, unta  
al tardo buey que desentraña el suelo.

Inútilmente el frío  
la ruda carne de Silifo acosa;  
que en los ocios de Estío,  
bajo el parral sombrío,  
ropas de lana le tejó su esposa.

Con amoroso acento  
Silifo canta, y á la yunta arrea,  
y el céfiro, no el viento,  
las trovas, manso y lento,  
lleva al tugurio que en la cumbre humea.

En el tugurio, al fuego,  
prepara Clori la frugal comida,  
con la que parte luego,  
sin que la incite el ruego  
del que ara el campo que les da la vida.

Sentada está en el hato  
Clori; Silifo de la yunta aleja  
el yugo en breve rato,  
y en limpio y hondo plato  
sin penas come la feliz pareja.

No allí la pompa vana  
que encierra el mundo, conversar les hace.  
Hablar de la besana,  
si va pendiente ó llana,  
mejor lo quieren, porque más les place.

De paz hinchado el pecho,  
bendicen juntos del Señor la mano.  
¡Aquel, aquel barbecho,  
en seis yugadas hecho,  
la humilde troje llenará de grano!  
¡Qué pastoril ventura

verán en torno, cuando luego el trigo  
semeje una espesura  
de lozana verdura,  
do, huyendo, encuentre la perdiz abrigo!

¡Y cuánto de alegría  
tendrán, al ver en la terrosa era  
*el pez de grano* un día,  
dispuesta ya la *pía*  
que el gordo trigo conducir espera!

¡Cómo al lugar cercano,  
andando él y en las jamugas ella,  
irán aquel verano,  
partiendo muy temprano,  
con luz prestada por la aurora bella!

Comprar entonces deben  
el blanco *hatillo*; por si place al cielo  
que, á poco, un niño lleven  
al templo, donde eleven  
gracias *al Cristo* que les dió el *hijuelo*.

Y cuando el crudo invierno  
retorne, y nieves les reparta impío,  
dormido el niño tierno  
por el calor materno,  
los dos también se burlarán del frío.

Pues de la vieja encina,  
que troncha el viento en la pedrosa cumbre  
que se alza allí vecina,  
Silifo, en la cocina  
rompiendo el tronco, *avivará* la lumbre.

Y contarán, al fuego,  
cosas que él hizo, sin faltar un día,  
cuando en las noches, ciego,  
los campos, sin sosiego  
por ver á Clori, los cruzó en la *pía*.

Mas ya comió el ganado  
su corto pienso: á trabajar se entrega  
con el recurvo arado  
Silifo, no cansado,  
y Clori torna, y al tugurio llega.

PAULINO SAUÑER Y BAAN

## LA BUENA FE

Al alcalde de un pueblo de la Alcarria  
que cuenta sólo treinta y dos vecinos,  
por no sé qué chanchullos  
y en pago á sus servicios,  
le mandó un queso grande, exagerado,  
el diputado electo del distrito.  
Agradeció el obsequio el monterilla,  
por ser el queso un ejemplar magnífico,  
y lo empezó al instante  
de haberlo recibido.  
Pero ¡oh dolor! ¡Qué lástima!  
¡Estaba saladísimo!  
No podía comerse  
sin dejarlo secar un mes al frío,  
y al balcón de su casa puso el queso,  
renegando del diantre del gustillo.  
Una mano traidora, al otro día,  
dejó el balcón vacío  
y cargó con el queso, aprovechando  
la noche, la ocasión y aquel descuido.  
—¡Ah, ladrón!—exclamaba el pobre alcalde.—  
¡No te me escapas, pilló!  
Porque sin darte cuenta

descubrirás tú solo tal delito.  
Y el hombre, discurriendo como un sabio  
que no supone que los hay más listos,  
á la fuente del pueblo  
se fué corriendo y se sentó tranquilo.  
—El que lo haya robado,—se decía,—  
del queso habrá comido;  
tendrá una sed rabiosa,  
vendrá á beber y beberá sin tino.  
¿Para qué mayor prueba?  
¡No te me escapas, pilló!...  
Y pasaban las horas y las horas;  
venían de continuo  
los arrieros á dar agua á las bestias,  
las mozas á llenar sus cantarillos,  
pero el *sediento*, nada,  
ni acertaba á pasar por el camino.  
Hasta que al pobre alcalde le dijeron  
que en la posada del señor Patricio  
devoraban un queso varios mozos...  
¡al lado de un tonel lleno de vino!  
*Moraleja: La buena fe en el mundo  
hace un papel ridículo.*

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN.



La Saeta

COSTUMBRES JAPONESAS



## ADELINA

(CONTINUACIÓN)

—Aquel grande amor no era en el fondo sino una niñería,—se decía el viejo marqués, frotándose las manos. —La imaginación de Adelina había hablado mucho más que su corazón... Ya no piensa en ese conde. Acabará, sin duda, por persuadirse de que, de todos los maridos pasados, presentes y futuros, el mejor y más aceptable es el vizconde.

No obstante, el padre se engañaba.

La joven se había jurado permanecer inmutable en su ternura, y cumplía su juramento.

Demasiado cuidadosa de su dignidad para dar un paso sospechoso, hija de una gran raza, para que pudiera recibir á Luis ocultamente, no le veía nunca; ni siquiera pensaba en verlo; pero sostenía con él una correspondencia frecuente, gracias á la complacencia de su doncella.

Instruída de sus derechos por las cartas del conde, esperaba:

Llegó, en fin, la época en que iba á encontrarse dueña

de obrar á su antojo y de decidir por sí misma de su suerte.

La víspera del día en que había de cumplir veintiún años, buscó á su padre, y le dijo, sencilla y desembarazadamente, que el tiempo y la reflexión, lejos de modificar la naturaleza de sus sentimientos, los había fortalecido, y que, bien cierta para lo sucesivo de no cambiar nunca, iba á pedirle, por segunda vez, que consintiese en su matrimonio con el conde.

Horrorizado el marqués en vista de obstinación semejante, que estaba muy lejos de esperar, pero creyendo, sin embargo, todavía, que la voluntad de su hija no prevalecería contra la suya, respondió:

—Las razones que me obligaban á considerar como una desgracia inaceptable la alianza del conde, subsisten más que nunca. Hoy, como antes, me opongo á esa unión; no me hables de ella, te lo suplico; toda insistencia será inútil; mi decisión es irrevocable.

—Olvida usted, padre mío,—replicó Adelina con firmeza,—que mañana seré mayor de edad, y dueña, por lo tanto, de disponer de mi persona.

—¡A pesar mío!—exclamó el marqués estupefacto al ver tanta audacia.

—Estoy apesadumbrada porque murió mi marido.

¿Quién quiere alegrar el nido de esta pobre desgraciada?

—¡A pesar de usted, sí, padre! ¡Bien sabe que la ley así lo quiere!

—Lo sé; pero también tengo sabido que en el mundo á que los dos pertenecemos, no hay ejemplo de que una hija, olvidando el respeto filial y pisoteando toda suerte de pudor, se procure en la ley un arma contra la prudencia y contra la ternura de su padre. ¡Sabes que esto sería infame!

—¿Puede ser infame lo que la ley permite?

—¡La ley que se hace cómplice de la rebelión del hijo contra su padre, es una ley malvada, sacrilega!

—¡La ley que prohíbe al padre sacrificar el porvenir y la felicidad de sus hijos, es una ley justa y bienhechora, y yo la invocaré si es necesario.

—¡Adelina, no pienses hacerlo... no lo harás!

—Sí: lo haré si me obliga á ello, padre mío. Obraré así con profundo dolor, pero con conciencia tranquila, pues que ha cerrado ante mí todos los caminos. Padre mío, no amenazo, suplico. Padre mío, me pongo á vuestras plantas... Amo al conde, lo amo hace años, y más que á mi vida... Le conoce mal; lo han calumniado los envidiosos... ¡Es la lealtad, el honor mismo! Es digno de usted, lo afirmo. ¡Sin él no hay para mí dicha posible!... No sea despiadado... consienta en llamarle su hijo.

—¡Jamás!

—¡Padre mío, déjese vencer!

—¡Jamás!—repitió el anciano.

—¡Ya lo ve, es implacable! Si la ley protectora no viniese en mi ayuda, ¿qué me quedaría?

—Apela, pues, á esa ley, si tienes valor para ello.

—Será preciso que lo haga... He esperado sin quejarme, lo sabe usted... ¿Debo esperar todavía?... Si me da alguna esperanza, por pequeña que sea, esperaré de nuevo; estoy pronta... Pero me responde... ¡jamás!

—No sé mentir. No esperes de mí nada.

—Entonces, padre mío, todo está dicho.

—No, todavía,—replicó el anciano padre —¡Hija ciega, ingrata, mi supremo deber es enseñarte el abismo á que corres!... El conde... ¡Ah, lo conozco bien! Este hombre es capaz de todo. ¡Verte mujer suya á ti! ¡Mi hija! ¡Mejor sería verte muerta! Unida á él, irás de caída en caída, de dolor en dolor... ¡Te conducirá fatalmente por caminos enlodados del lujo á la miseria y de la miseria á la vergüenza!... ¡Y no confíes engañosamente en la esperanza de que yo estaré aquí para tenderte la mano, para levantarte, para salvarte!... ¡Escúchame, Adelina, escúchame y acuérdate!... El día en que unos hombres vestidos de negro, representando esa ley que llamas protectora, franqueen la puerta de mi casa para reemplazar con una formalidad legal el consentimiento que rehúso y rehusaré siempre, aquel día... no lo olvides, ¡no tendré ya hija y habrás muerto para mí!...

Adelina, pálida como un cadáver, pero resuelta, se inclinó ante su padre, y sin responder ni una sola palabra, salió con lentitud del salón en que esta escena acababa de verificarse.

Al otro día por la mañana, era ya mayor de edad, y, abandonando el hotel con su doncella, se retiró á una de esas casas religiosas en que reciben señoras pensionistas.

(Continuará.)

F. OLTRA Y DALMÁU.

## DE PICOS PARDOS



—A la verdad que es bueno mi marido... ¡Menuda chillería le estará armando el chiquitín!

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldos Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

—¡Mozo, una docena de ostras!

Llega el mozo con el plato de ostras, y antes de colocarlo en la mesa, toma tranquilamente la más grande y se la echa á la boca en las barbas del parroquiano.

—¿Qué significa eso?

—Señor,—responde el mozo sin inmutarse,—las he contado y había trece.

TERSURA EN LA CARA Y MEJILLAS sin hundimiento se conserva hasta la vejez más avanzada con el uso diario del *Licor del Polo de Orive*, el más barato é higiénico de los dentífricos. Hecho acreditado por dos generaciones.

A Venus, por su hermosura,  
Paris le dió la manzana;  
á haber estado presente  
tú solo te la llevaras...

Se examinaba de dentista un andaluz, tan falto de ciencias como sobrado de ingenio.

Cansado uno de los profesores de hacer preguntas que el estudiante no acertaba á contestar, dijo, creyendo desconcertar al andaluz:

—¿Cuál cree usted que es la mayor operación hecha por un profesor dentista?

—No sé, zeñó.

—Orificar una muela... de molino.

—Pues yo sé de otra de mucha más importancia.

—Cuenta usted,—dijo el profesor, creyendo que iba á acabar de burlarse del estudiante.

—Lo que hizo un tío mío que zavía la mar de cazas de éztas. Limpiar con un cepillo de dientes las bocas del Ródano. ¡Chipén!

## Correspondencia

por CLAK

E. D. M.—Dice usted: «ya hace tiempo que no ha mandado usted á nadie al establo». Porque no suelo hacerlo sino con los que sueltan pares de coces. Pero, en fin, si tanto lo siente usted, emprenda el camino. ¡Arre!

A. V.—El verso libre es el que más reñido está con la prosa, precisamente porque se le parece en que está limpio de consonantes y asonantes. Algunas disposiciones descubro en usted, pero no tome por modelo á los pseudo idealistas del montón. Huya de sus lecturas como del diablo. La sencillez no está reñida con la elevación del estro y con la cultura del lenguaje, pero sí con el prosaismo. Se pueden decir las cosas con naturalidad y sin pecar de ramplones.

Ge Fe —Copio:

«Ay pobre Marieta,  
escucha mi canzoneta,  
es de acento doloroso  
de un pecho dolorido  
cuanto amoroso...»

Ese cuanto me ha convencido. ¡Ay pobre Marieta, si no mandas a paseo á tu poeta! Todo lo cual dicho está por mí en metro independiente, pero es verdad.

NADA HAY TAN EFICAZ para calmar dolores de reuma como una fricción de *Látsamo antirreumático de Orive*. Exigirlo de color verdoso. 2 ptas. frasco. Farmacias.

G. V.—Procure usted estudiar un poco de astronomía antes de ponerse á hablar de las estrellas.

D. L. O.—Para que vea si tengo razón cuando fustigo á los vates tontos, aunque lo haga despiadadamente como usted dice. Le doy á usted un buen consejo, y en lugar de agradecermelo, va y me insulta. ¡Oh joven, hace usted bien en perseverar; porque en que usted abandone las ocupaciones serias y útiles para seguir las falsas y falaces huellas de su inspiración, esta mi venganza! Usted tendrá su castigo y su cruz.

P. H.—«Redondilla.»

«Llévame del brazo,  
morena mía;  
llévame del brazo  
y de verbena.»

¿En qué ha conocido usted que eso es una redondilla? Será por el punto redondo que pone usted ahí porque le da la gana.

F. A.—No lo crea usted. *Entavia* no; son voces que hacen correr por ahí los gansos.

S. L. Lo publicaré.—P. T. Estoy conforme.—*Ritgo*. Muy malo.—A. de M.; S. F. P.; *Tonto*. No puedo complacerles.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

### 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

**Charada**

*Prima dos vez que recuerdo  
aquella mujer, me espanta  
la idea que yo tenía  
de besar su hermosa cara.  
—Tres lo que haces,—me dijo  
uno que me acompañaba.—  
Enferma estaba la pobre,  
su rostro todo, causaba  
cierto temor, y aseguro  
que todos allí lloraban.  
—¿Recuerdas quién es?  
—Sí, amigo.*

*Es una linda muchacha  
conocida por nosotros  
por la cuarta prima...  
—¡Calla,*

*que algún sujeto se acerca  
y pudiera ser su hermana!  
Se aproximó un jovencuelo,  
y al reconocer su cara,  
vimos que era un prima quinta  
y abandonamos la sala,  
pensando en aquella joven  
que motiva esta charada.*

MORENO.

**Tarjeta combinada**

*Sr. D. Luis Ruiz de Velasco*  
  
 BARCELONA

Con las letras que componen esta tarjeta. formar un triángulo para leer horizontalmente: 1.<sup>a</sup> línea, en la puerta; 2.<sup>a</sup>, color (en plural); 3.<sup>a</sup>, arbusto; 4.<sup>a</sup>, nombre de mujer; 5.<sup>a</sup>, diptongo; y 6.<sup>a</sup>, consonante.

Sustraer la última letra de cada palabra y leer: 1.<sup>a</sup> línea, apellido; 2.<sup>a</sup>, color; 3.<sup>a</sup>, flor; 4.<sup>a</sup>, Baco; 5.<sup>a</sup>, principio de lucrarse; y 6.<sup>a</sup>, vocal.

P. LUQUÍN.

**Jeroglífico comprimido**

**DEL ABISMO**

JUSTO CEILÁN.

**Jarrón numérico**

1 2 3 4 5 6	Ciudad española.
4 2 3 5 6	Pueblo de Valencia.
1 2 3 5 6	Adjetivo.
3 4 6	Pronombre.
3 4 3	Consonante.
2 4 6	Tiempo de verbo.
5 6 4 6	Edificio.
3 5 1 6 4	Tiempo de verbo.
6 5 2 4 6	» » »
4 3 5 6	Adjetivo.
5 6 4	Consonantes.
4 6 5 6	Tiempo de verbo.

FRAY CABRIOLA.

**Cuadrado**

```

    *       *       *
      *   *   *
    *   *   *   *   *
      *   *   *
    *       *       *
    
```

Substituídas las estrellitas por letras, léase vertical y horizontalmente: 1.<sup>o</sup>, astro; 2.<sup>o</sup>, imperativo; 3.<sup>o</sup>, artista española; 4.<sup>o</sup>, tiempo de verbo; y 5.<sup>o</sup> artículo.

MANUEL GUIX.

**Soluciones á lo insertado en el núm. 535**

CHARADA.—Camarote.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Sólo por punto como.

TERCIO SILÁBICO:

```

    P E   S E   T A
    S E   Ñ O   R A
    T A   R A   D A
    
```

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**LA SAETA**

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia  
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

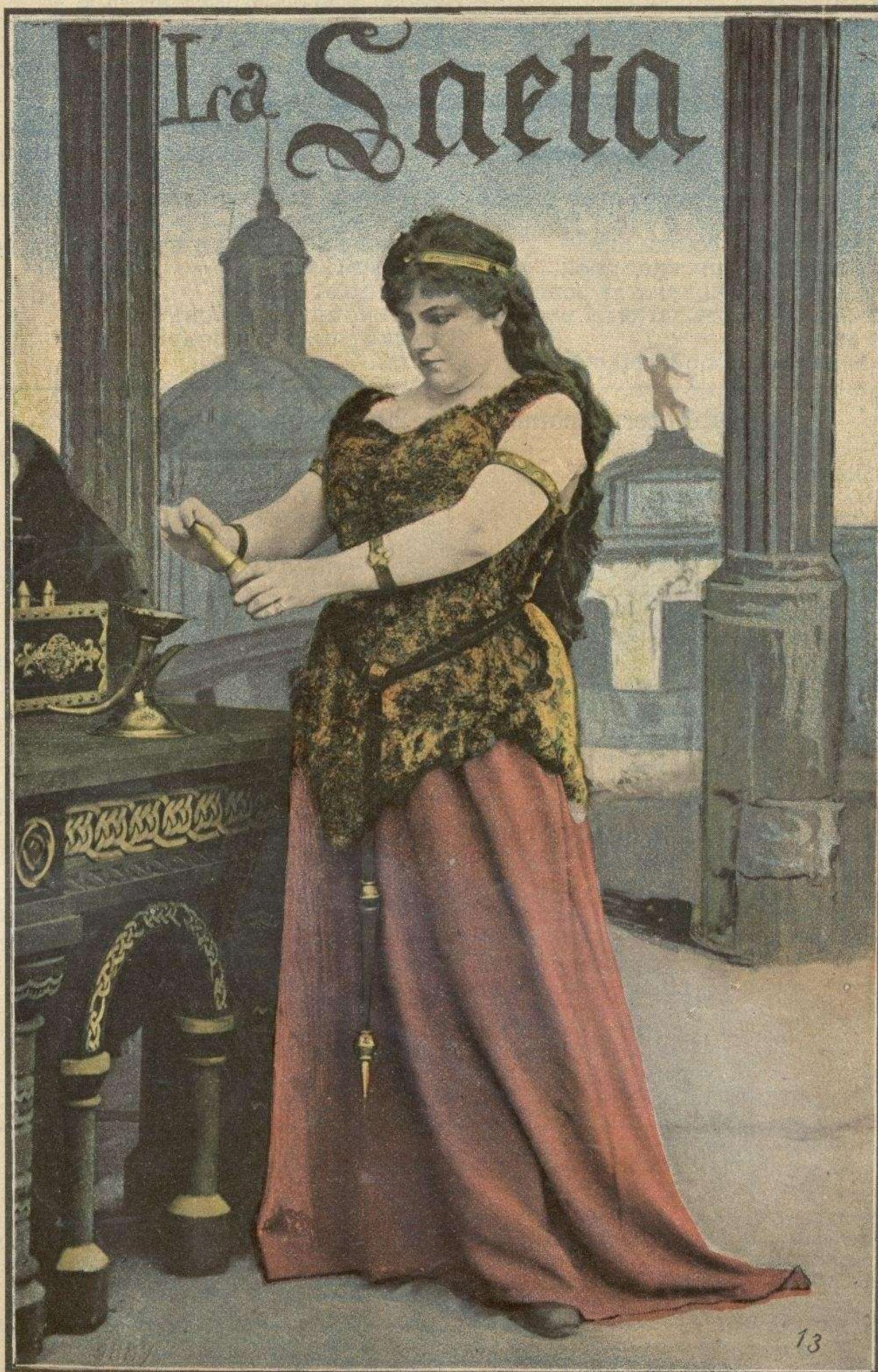
España y Portugal, semestre. . . . . 6 peséas.  
 Año. . . . . 11 »  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





13

20 céntos.

Núm. 537

# Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA Ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

## Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE Ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO Ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE Ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE Ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM Ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS Ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR Ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

## Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO Ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

## Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

## ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.